

XII

Era aproximadamente el sábado siguiente al vencimiento del alquiler, sobre el 12 ó el 13 de enero, Gervasia no lo sabía con seguridad. Iba perdiendo la chaveta, porque hacía ya siglos que no entraba cosa caliente en su estómago. ¡Ah! ¡qué infernal semana! ¡raspadura completa! desde el martes dos panes de cuatro libras habían durado hasta el jueves; después, un mendrugo seco encontrado el día antes; ¡y ni una migaja, desde hacía treinta y seis horas! Lo único que sabía era que sentía sobre ella el tiempo perro, el negro frío, un cielo embadurnado como fondo de estufa y preñado de nieve que se obstinaba en no caer. Cuando se tiene el invierno y el hambre en las tripas, ya puede uno estrecharse la cintura, pues son cosas que no engordan mucho ni poco.

Tal vez traería Coupeau por la noche algún dinero. Decía que trabajaba. Todo era posible ¿verdad? y Gervasia, aunque burlada no pocas veces, había acabado por contar con ese dinero. Después de los mil y un chismes que habían corrido tocante á ella, no encontraba ni un mal trapo que lavar en todo el barrio;

hasta una vieja señora, en cuya casa fregaba y hacía los recados, acababa de despedirla, diciéndole que se bebía sus licores.

En ninguna parte la querían, estaba desacreditada, lo cual no la disgustaba, en el fondo, pues había llegado á ese extremo de embrutecimiento en que se prefiere reventar, que mover los diez dedos. Al fin y al cabo, si Coupeau llevaba su paga, comerían algo caliente. Y esperando, pues aún no habían dado las doce, permanecía tendida sobre el jergón, porque cuando uno se halla tendido siempre tiene menos frío y menos hambre.

Gervasia llamaba á aquello jergón; pero la verdad es que no pasaba de ser un montón de paja hacinado en un rincón. Paulatinamente, la cama se había ido largando á las prenderías del barrio. Primero, en los días de apuro, había empezado por descoser el colchón y sacar de él puñados de lana que, ocultos en su delantal, iba á vender á diez sueldos libra á la calle Belhomme. Después, cuando el colchón estuvo vacío, pulió la tela por treinta sueldos, cierta mañana, para regalarse con un café. Siguiéron después las almohadas y el almohadón. Quedaba todavía la madera de la cama, que no podía sacarla debajo del brazo á causa de los Boche, quienes habrían alborotado la casa al ver que desaparecía la garantía del propietario.

Y, sin embargo, una noche, ayudada por Coupeau, acechó á los Boche, que se disponían á cenar, y sacó la cama tranquilamente, pieza por pieza, los banquillos, las cabeceras y el tablero del fondo. Con los diez francos de esta limpia, guisaron durante tres días. ¿Acaso no les bastaba el jergón? Hasta la tela de éste fué á reunirse con la del colchón; y así concluyeron de comerse su lecho, dándose una indigestión de pan, después de un ayuno de veinticuatro horas. Recogían

la paja con un escobazo, quedando así hecha la cama, lo cual no era más sucio que otra cosa cualquiera.

Sobre el montón de paja, Gervasia, completamente vestida, manteníase como gatillo de fusil, encogidas las piernas bajo su andrajosa falda, por tener más calor. Y apelonada, con los ojos abiertos de par en par, acudíanle ideas nada alegres. ¡Ah! ¡no! ¡voto á Dios! ¡no era posible continuar de aquel modo viviendo sin comer! No sentía hambre, pero sí un peso de plomo en el estómago, á la vez que su cabeza parecía estar vacía. ¡De seguro que los cuatro rincones de aquella zahurda no podían inspirarle asuntos joviales! Una verdadera perrera, á la sazón, donde los galguitos que andaban por la calle con manta no hubieran permanecido, ni en pintura. Sus ojos pálidos contemplaban las paredes desnudas. Desde hacía tiempo, se lo había llevado todo «su tía». Quedaba la cómoda, la mesa y una silla; y aún así y todo, el mármol y los cajones de la cómoda se habían evaporado por el mismo camino que el armazón de la cama. Un incendio no hubiera podido dejar más limpio aquello.

Todos los pequeños adornos se habían fundido, empezando por la repetición, un reloj de doce francos y concluyendo por las fotografías de la familia, cuyos marcos compró una prendera, muy complaciente por cierto, á cuya casa había llevado Gervasia una cacerola, una plancha, un peine y que le largaba cinco sueldos, tres sueldos, dos sueldos, según la prenda, con los cuales podía llevar á casa un pedazo de pan. Sólo quedaban unas despabiladeras rotas, por las cuales la prendera se negaba á dar un sueldo. ¡Oh! ¡si hubiese sabido á quién poder vender las basuras, el polvo y la cazcarria, pronto hubiera podido poner una tienda, pues la habitación era un almacén de suciedad! No veía más que telarañas, aun cuando muy pocas para las cortaduras, no hay comerciante que las

pre. Entónces, trastornada la cabeza, desechando la esperanza de hacer negocio, se acurrucaba todavía más en su jergón, prefiriendo contemplar á través de la ventana el cielo cargado de nieve, una claridad triste que le helaba hasta la médula de los huesos!

¡Cuántos aburrimientos! ¿A qué meterse en tales reflexiones y calentarse la cabeza? ¡Si al menos hubiese podido dormirse! Pero su endemoniada zahurda le bullía en la cabeza.

El propietario señor Marescot había ido, la víspera, en persona, á decirles que los expulsaría si no le pagaban los dos plazos vencidos de alquiler, antes de ocho días. ¡Pues bien! ya podía expulsarlos; en verdad, ¡no se encontrarían peor en la calle! ¡Vaya un marrano, con su gabán y sus guantes de lana, que subía á hablarles de alquileres como si tuviesen un bolsillo escondido en el culo! ¡Por vida del! ¡en vez de gastarse el dinero en tal cosa, hubiera comenzado por meterse algo en las tripas! ¡Verdaderamente, encontraba demasiado rocín á aquel tío barrigón, y se lo metía donde podéis figuraros, y muy adentro! Con él le pasaba lo mismo que con el animal de Coupeau, quien no había día en que al entrar dejase de zurrarla; también metía á éste en el mismo sitio que al propietario. Actualmente, el tal sitio debía ser indudablemente ancho, pues allí metía á todo el mundo, ¡tantos eran sus deseos de desembarazarse de la gente y de la vida! Su cuerpo parecía un granero de puñetazos. Coupeau tenía un garrote, que llamaba abanico de barriga, y abanicaba á su costilla, ¡que no había más que ver! abominables escenas, de las que salía ella, sudando á mares, pues como no era hembra que valiese más que su hombre, le mordía y le arañaba. Entónces pateábase en el vacío chiribitil, zurrándose sin duda para quitarse las ganas de comer. Mas ella acababa por hacer tan poco caso de aquellas agarradas, como

de todo lo demás. Ya podía Coupeau celebrar el San Lunes semanas enteras, correr borrascas que durasen meses, llegar á casa loco de bebida y quererla destrozár, que lo que es ella ya estaba acostumbrada: solamente le encontraba cargante y nada más. Y aquellos días era cuando más se lo pasaba todo por el trasero. ¡Sí, por el trasero, al cochino de su marido! ¡á los Lorilleux, los Boche y los Poisson! ¡al barrio entero que la despreciaba! ¡Todo París se lo pasaba por allí, y ella, de una palmada, los metía más adentro, con gesto de suprema indiferencia, dichosa y vengada, sin embargo, con tenerlos alojados en aquél sitio!

Por desgracia, si la gente se acostumbra á todo, aún no ha conseguido acostumbrarse á no comer. Y esto era lo único que ponía los pelos de punta á Gervasia. Nada le importaba ser la última de las últimas, en medio del arroyo, ni que las gentes se limpiasen cuando se rozaban con ella, al pasar á su lado. Los malos tratos tampoco la asustaban. Pero sí el hambre, que le retorcia todas las tripas. ¡Oh, ya hacía tiempo que se había despedido de las golosinas, llegando á devorar todo cuanto encontraba. Ahora, los días que podían llamarse de gran banquete, compraba en la tablaería desperdicios de carne á cuatro sueldos la libra y cansados del mismo plato mezclaba eso con unas cuantas patatas, revolviéndolo todo en el fondo de una sartén.

O bien hacía un frito de corazón de vaca, con el cual se relamía los labios. Otras veces, cuando tenía vino, se regalaba con un ensopado, una verdadera sopa de loro. Los dos sueldos de queso de Italia, las manzanas, los cuarterones de judías secas cocidas en su jugo eran festines que no podía proporcionarse con frecuencia. Descendía hasta los arlequines (1) de los

(1) Restos de vituallas, mescolanzas en las fondas, en las grandes cocinas y vendidos por raciones á los pobres. (N. del T., tomada de Rigaud.)

hódegones, donde por un sueldo le daban montones de espinas de pescado, mezcladas con piltrafas de asado estropeado. Aún descendía más; mendigaba en casa de un fondista caritativo las migajas de los clientes y hacía una especie de panetela, dejándolas cocer todo el tiempo que podía en el hornillo de un vecino. Y hasta llegó, en algunas mañanas de ayuno, á rebüscar como los perros en los montones de basura, á las puertas de los tenderos, antes del paso de los carros del estiércol, y de este modo tenía á veces platos delicados, melones podridos, maquereles pasados y chuletas cuyo hueso examinaba por temor á los gusanos.

Sí, á tal decadencia había llegado; esta idea repugnará á los delicados; pero si los delicados no hubiesen comido nada en tres días, ya veríamos si andarían en escrúpulos contra su vientre ó si se pondrían en cuatro pies á comer y rebuscar en la basura, como los perros. ¡Ah! ¡la agonía de los pobres, las entrañas vacías que gritan: hambre! ¡la necesidad de las bestias, castañeteando los dientes y hartándose de cosas inmundas en este gran París, tan adorado y resplandeciente! ¡Y pensar que Gervasia se había dado atracciones de pato cebado! ¡Ahora, ya podía limpiarse! Un día en que Coupeau le sustrajo dos trozos de pan para revenderlos y beberse su importe, faltó poco para que lo matase de un paletazo, hambrienta, rabiosa, por el robo de aquel pedazo de pan.

Entre tanto, cansada de mirar el cielo pálido, quedándose dormida con un ligero y penoso sueño. Soñaba que aquel cielo cargado de nieve reventaba sobre ella; de tal modo la molestaba el frío. De repente, púsose en pie, despertando sobresaltada por un gran escalofrío de angustia. ¡Dios mío! ¿iba á morir? Tiritando, alhelada, vió que todavía era de día. ¿Acaso no llegaría la noche? ¡Qué largo se hace el tiempo cuando el

vientre está vacío! Su estómago se despertaba también y la torturaba. Cayendo en la silla, con la cabeza baja y las manos entre los muslos para calentarse, calculaba ya la comida que iba hacer, en cuanto Coupeau llevase el dinero: un pan, dos cuartillos de vino y un buen trozo de queso. Dieron las tres en el cuclillo del tío Bazouge. ¡No eran más que las tres! Entonces lloró. No era posible que le quedasen fuerzas para esperar hasta las siete. Balanceaba su cuerpo todo como una niña que mece su dolor, doblada por la cintura, aplastándose el estómago, para no sentirlo. ¡Ah! ¡vale más parir que tener hambre! Y no encontrando alivio, poseída de rabia loca, levantóse, pataleó, esperando dormir su hambre, como se duerme un niño, paseándolo. Durante media hora se dió de golpes contra los cuatro ángulos del vacío cuarto. Después, de repente, se detuvo, con los ojos fijos. ¡Tanto peor! dijeron lo que dijeren, capaz era, si querían, de lamerles los pies; pero iba á pedir prestados diez sueldos á los Lorilleux.

Durante el invierno, en aquella escalera de la casa; la escalera de los piojosos, había un continuo movimiento de préstamos de diez, de veinte sueldos, pequeños servicios que aquellos muertos de hambre se hacían unos á otros. Pero, eso sí, antes hubieran espichado todos ellos, que dirigirse á los Lorilleux, porque sabían que eran enemigos de aflojar la bolsa. Gervasia, al dirigirse á su puerta, daba pruebas de tener gran valor. Pero, al ir á llamar, tuvo tanto miedo, en el corredor, que experimentó el brusco alivio que sienten los que llaman en casa de un dentista.

—¡Adelante!—gritó la voz agria del cadenista.

¡Qué bien se está allí dentro! La fragua ardía y alumbraba el angosto taller con su blanca llama, en tanto que la señora Lorilleux ponía á recoer un ovillo de hilo de oro. Lorilleux, delante de su tablero, sudaba

de calor, soldando mallas con el soplete. ¡Y olfa allí tan bien! Una sopa de coles hervía sobre la estufa, exhalando un vaporcillo que removía el corazón de Gervasia y le daba vahidos.

—¡Ah! ¡sois vos!—gruñó la señora Lorilleux, sin decirle siquiera que se sentase.—¿Qué queréis?

Gervasia no respondió. No estaba muy de malas con los Lorilleux aquella semana; pero la petición de los diez sueldos se le atragantaba, porque acababa de ver á Boche, sentado muy á sus anchas cerca de la estufa, dispuesto á chismorrear. ¡Aquel bruto tenía una cara de burlarse de la gente! Reía como un culo; poniendo la boca redonda y los carrillos tan hinchados, que hasta le ocultaban la nariz; en una palabra: ¡un verdadero culo!

—¿Qué queréis?—repitió Lorilleux.

—¿No habéis visto á Coupeau?—acabó por balbucear Gervasia.—Creí que estaba aquí.

Los cadenistas y el portero se echaron á reír. No ofrecían bastantes copas á la gente para ver á Coupeau así como así. Gervasia hizo un esfuerzo y repuso tartamudeando:

—Es que me había prometido volver... Sí; debe traerme dinero... Y como tengo precisión de comprarme algo...

Reinó un profundo silencio. La señora Lorilleux soplabla rudamente el fuego de la fragua; Lorilleux había inclinado sus narices sobre el extremo de cadena que se iba alargando entre sus dedos, en tanto que Boche conservaba su risa de trasero, redondeando de tal manera la boca, que daba gana de meterle el dedo en ella.

—¡Si tuviese siquiera diez sueldos!—murmuró Gervasia, en voz baja.

El silencio continuó.

—¿No podríais prestarme diez sueldos?... ¡Oh! esta noche os los devolveré...

La señora Lorilleux se volvió y la miró fijamente. ¡Cuidado con la hipocritona! Hoy les sonsacaba diez sueldos, mañana les sacaría veinte, y ¡quién sabe hasta dónde llegaría por este camino! No, no, ¡nada de eso! ¡la semana de los tres jueves!

—Pero, querida—exclamó,—¡ya sabéis que no tenemos dinero! ¡Mirad, ved el forro de mi bolsillo! Registrad si queréis... ¡Si pudiésemos, os complaceríamos de muy buena voluntad!

—La voluntad nunca falta—gruñó Lorilleux;—pero cuando uno carece de medios, no puede...

Gervasia, humildemente, aprobaba sus palabras con movimientos de cabeza. Sin embargo, no se iba, miraba de reojo el oro, aquellas madejas de oro colgadas en la pared, el hilo de oro que la mujer tiraba en la hilera, con toda la fuerza de sus cortos brazos, las mallas de oro amontonadas en los nudosos dedos del marido. Y pensaba que un trocito de aquel feo metal negrozco habría bastado para regalarse con una buena comida. Aquel día, por sucio que estuviese el taller, con sus viejas herramientas, con su polvillo de carbón, con su grasa de aceites mal secados, ella lo encontraba resplandeciente de riqueza, como la tienda de un cambista. Así, pues, arriesgóse á repetir, en voz baja:

—Os los devolveré, os los devolveré, con toda seguridad. Diez sueldos no os harán más pobres ni más ricos...

Tenía el corazón oprimido, no queriendo confesar que desde el día anterior estaba en ayunas. Después, sintiendo que sus piernas se doblaban, temió romper á llorar, y tartamudeó otra vez más:

—¡Si fuérais tan buenos!... No podéis saber... Sí; á este extremo he llegado ¡Dios mío! á este extremo...

Entonces los Lorilleux mordieron los labios y cam-

biaron una mirada de inteligencia. ¡La Banbán pidiendo limosna! ¡oh! ¡la caída era completa! Ahora si que les alarmaba su vista, muy de veras! Si lo hubiesen sabido, habrían atrancado su puerta, por cuanto uno siempre debe estar ojo alerta con los mendigos, con esa gente que se introduce en las habitaciones bajo cualquier pretexto y se largan llevándose los objetos preciosos. Tanto más, cuanto que en su casa había algo que poder robar; bastaba meter los dedos en cualquier rincón para llevarse treinta ó cuarenta francos en un puñado. Ya varias veces habían desconfiado al reparar en la extraña figura de Gervasia cuando se quedaba plantada delante del oro. Era menester vigilarla hoy, como nunca. Y al notar que penetraba más adentro, metiendo los pies en el serrín, el cadenista le gritó rudamente, sin contestar á su petición:

—¡Eh! á ver si ponéis cuidado, que os vais á llevar hebras de oro en las suelas... Verdaderamente, cualquiera diría que lleváis goma en ellas, para que se peguen.

Gervasia retrocedió lentamente. Habíase apoyado un momento en un estante y viendo que la señora Lorilleux le examinaba las manos, las abrió cuán grandes eran y las enseñó diciendo con su voz blanda, sin enfadarse, como mujer caída que todo lo sufre:

—No he cogido nada, podéis verlo.

Y se marchó, porque el penetrante olor de la sopa de coles y el grato calor del taller la ponían demasiado mala...

¡Ah! ¡esta vez no la retuvieron los Lorilleux, no! ¡Buen viaje, y que el diablo los llevase si volvían á abrirle la puerta! Ya habían visto bastante tiempo su cara y no querían ver en su casa la miseria ajena, cuando esta miseria era merecida. Y se abandonaron á un enorme regocijo de egoísmo, al verse con los ri-

ñones cubiertos, calentitos y ante la perspectiva de una excelente sopa. Boche también se regodeaba, inflando más y más sus carrillos de tal modo, que su risa llegaba á hacerse sucia. Todos ellos se encontraban sobradamente vengados de los antiguos modales de la Banbán, de la tienda azul, de las comilonas y de todo lo demás. Aquello había salido más que á pedir de boca y probaba hasta qué extremo conduce la glotonería. ¡Al diablo las golosas, las perezosas y las desvergonzadas!

—¡Vaya un descaro! ¡venir á mendigar diez sueldos!—exclamó la señora Lorilleux, apenas Gervasia había vuelto las espaldas.—Sí, ¡en seguida voy á prestarte diez sueldos, para que vayas á echarte una copa!

Gervasia se fué, arrastrando sus chanclas por el corredor, atontada; doblada por el espinazo. Cuando llegó á su puerta, no se atrevió á entrar ¡le daba miedo su habitación! Prefería andar; así entraría en calor y tomaría paciencia. Al pasar, dirigió una ojeada á la madriguera del tío Brú, debajo de la escalera; ¡otro infeliz más que debía tener un voraz apetito, pues hacía ya tres días que almorzaba y comía de memoria! pero no estaba allí, ¡el agujero se encontraba vacío! Y Gervasia sintió envidia, pensando que le habrían invitado á comer en alguna parte. Después, al llegar ante la puerta de los Bijard, oyó gemidos y entró, dando vuelta á la llave que estaba siempre en la cerradura, por la parte de afuera:

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?—preguntó.

La habitación estaba muy limpia. Notábase que Lalia había barrido y arreglado todavía los trastos aquella mañana. En vano la miseria se empeñaba en soplar allí dentro, en llevarse los harapos y en extender su letanía de basuras; Lalia caminaba en pos de ella y lo limpiaba todo y á todo le daba un aspecto agradable. Si en su habitación no había riqueza, veíase en

ella la mano de la hacendosa mujer de gobierno. Aquel día, sus dos niños, Enriqueta y Julio, habían encontrado unas estampas viejas y se entretenían recortándolas en un rincón. Pero no fué poca la sorpresa de Gervasia al ver á Lalia acostada en su angosto catre; con la manta hasta la boca y sumamente pálida. ¡En cama Lalia! ¡por fuerza estaba muy mala!

—¿Qué tenéis?—repitió Gervasia inquieta.

Lalia no se quejó. Alzó lentamente sus blancos párpados y quiso sonreír con sus labios, que un convulsivo estremecimiento agitaba:

—No tengo nada—dijo en voz muy baja;—¡eh! ¡de veras, nada absolutamente!

Después, cerrando los ojos y haciendo un esfuerzo:

—Me encontraba demasiado fatigada estos días—añadió,—y he pensado holgazanear un rato; ¡y me cuido, ya lo veis!

Pero su faz de niña, jaspeada de lívidas manchas, tenía tal expresión de dolor supremo, que Gervasia, olvidando su propia agonía, juntó las manos y cayó de rodillas junto á la mártir. Hacía un mes que la veía apoyarse en las paredes para andar, doblada por una tos que «resonaba de lo lindo á ataúd». La niña ya no podía ni toser. Sobrevinole un hipo, y de los ángulos de su boca manaron dos hilillos de sangre.

—No es culpa mía, no me encuentro muy fuerte—murmuró como aliviada.—Me he arrastrado y he arreglado un poco el cuarto... Está bastante limpio ¿verdad?... Y quería limpiar los cristales, pero las piernas se han negado á sostenerme. ¿Qué tontería? En fin; cuando una ha concluido su tarea puede acostarse...

Y se interrumpió, para decir:

—Mirad, no sea que mis niños se corten con las tijeras.

Y calló, trémula, oyendo unos pasos pesados que subían la escalera. Brutalmente, el tío Bijard empujó

la puerta. Venía borracho, como de costumbre, chispeantes los ojos por la furiosa alegría del vitriolo. Al ver á Lalia acostada, se golpeó los muslos con cierta risita y descolgó el látigo, gruñendo:

—¡Ah! ¡voto á mil! ¡eso ya pasa de rayal! ¡vamos á reinos!... ¡Las vacas acostadas en la paja á medio día!... ¿te burlas acaso de los parroquianos, holgazana?... ¡Eal! ¡arre! ¡en marcha!

Y chasqueaba el látigo por encima de la cama; pero la niña, suplicante, repetía:

—No, papá, te lo ruego, no pegués... te juro que después te arrepentirías... ¡no pegues!

—¿Quieres saltar—gruñó con más fuerza,—ó te acariño las costillas?... ¿Quieres saltar, maldita perezosa?

Entonces la niña dijo dulcemente:

—No puedo... ¿comprendes?... voy á morirme...

Gervasia se había arrojado sobre Bijard y le arrañó el látigo. El borracho, alelado, permanecía ante el catre. ¿Qué demonios le estaba contando aquella mocosa? ¡Es posible morirse tan joven y sin haber estado mala! ¡Alguna excusa para que la mimasen! ¡Ah! ¡iba á asegurarse de ello, y si mentía!...

—Ya verás como es verdad—continuaba la pobrecita.—Mientras me ha sido posible, he querido evitaros el disgusto... ¡Sé bueno, en este momento, y despidete de mí, papá!

Bijard torcía el gesto, temiendo que le engañaba. Sin embargo, era muy cierto que la niña tenía algo particular, una cara alargada y grave, como de persona mayor. El soplo de la muerte, que penetraba en el cuarto, le quitaba á aquel verdugo la borrachera. Giró una mirada en torno suyo, con el aspecto de un hombre á quien sacan de un profundo sueño, vió la habitación en orden, los dos niños limpios, jugando y riendo, y cayó sobre una silla, balbuceando:

—¡Madrecita nuestra!... ¡madrecita nuestra!...

No se le ocurría otra frase y, sin embargo, era ya una frase muy tierna para Lalia, que nunca había sido tratada con tal cariño. Lo que más la contrariaba era morirse antes de haber concluido de educar completamente á sus niños. El tendría cuidado de ellos, ¿verdad? Y con voz moribunda, le dió detalles sobre la manera de arreglarles, de tenerlos aseados. Bijard, embrutecido, poseído de nuevo por los vapores de la embriaguez, movía la cabeza ante la agonía de su hija, dilatados enormemente los ojos. Aquello removía en su organismo toda especie de cosas; pero no encontraba palabra que decir y tenía la piel demasiado curtida para llorar.

—Oye—repuso Lalia después de un silencio.—Debemos cuatro francos y siete sueldos al panadero; será menester pagarle... La señora Gaudron tiene una plancha nuestra, se la pedirás... Esta tarde no he podido hacer la sopa, pero aún queda pan, y tú pondrás á calentar las patatas...

Hasta su último estertor, la pobrecilla gatita proseguía siendo la madrecita de toda su familia. No encontrarían otra que la reemplazara, ¡de seguro! Moría por tener á su edad el juicio de una verdadera madre, con el pecho demasiado estrecho todavía para contener maternidad tan grande. Y si su padre perdía aquel tesoro, ¡culpa era de su bestial ferocidad! Después de haber matado á la madre de una patada, acababa de asesinar á la hija! ¡Los dos ángeles buenos se reunirían en la fosa, y á él no le quedaría más que reventar como un perro, en un guardacantón!

Gervasia, entre tanto, reprimíase para no estallar en sollozos. Tendía las manos, con el deseo de aliviar á la niña; y al ver que el jirón de la sábana se escurría, quiso levantarlo y arreglar la cama. Entonces quedó al descubierto el cuerpecito de la moribunda. ¡Ah! ¡santo Dios! ¡qué miseria y qué lástima! Hasta

las piedras hubieran llorado. Lalia estaba completamente desnuda, con un resto de chambra en los hombros, á guisa de camisa; sí, completamente desnuda, con la desnudez sangrienta y dolorosa de una mártir. No tenía carne; los huesos agujereaban su piel. Desde las costillas hasta los muslos descendían señales amoratadas, huellas del látigo, impresas en la piel viva. Una mancha lívida circuía el brazo izquierdo, como si la mandíbula de un torno hubiese triturado aquel miembro tan tierno, no más grueso que una cerilla. La pierna derecha ofrecía un desgarró mal cicatrizado, resultante sin duda de algún mal golpe que se abría de nuevo, cada mañana, al tragín del arreglo de la casa. De los pies á la cabeza era un puro cardenal. ¡Oh! ¡asesinato de la infancia, pesadas patas de hombre aplastando á aquel querubín, abominación de tanta debilidad agonizando bajo semejante cruz! Se adora en las iglesias á santas azotadas, cuya desnudez es menos pura. Gervasia se arrodilló de nuevo, sin pensar en extender la sábana, trastornada á la vista de aquella lastimera víctima sepultada en el fondo de la cama, y sus labios trémulos buscaban una oración.

—Mamá Coupeau—murmuró la niña,—haced el favor...

Y con sus cortos bracitos procuraba recoger las ropas, pudorosa, avergonzada por su padre. Bijard, estupefacto, fijos los ojos en aquella lástima obra suya, continuaba agitando la cabeza, con ese movimiento amortiguado de un animal aburrido.

Y cuando Gervasia hubo cubierto la desnudez de Lalia, no pudo permanecer allí más. La moribunda se debilitaba, no hablaba ya, conservaba sólo su mirada, su antigua mirada de niña resignada y moribunda, la cual dirigía á sus dos niños, que continuaban entretenidos en recortar estampas. La habitación se llenaba de sombra, Bijard dormía su borrachera en el letargo

de aquella agonía. ¡No, no! ¡la vida era demasiado abominable! ¡ah! ¡qué cosa más sucia! Y Gervasia partió y bajó la escalera sin darse cuenta de nada, extraviada la cabeza y tan llena, cargada y harta de la existencia, que de buena gana se hubiera tendido debajo de las ruedas de un ómnibus, para acabar de una vez.

Corriendo y echando pestes contra su maldita suerte, encontróse delante de la puerta del taller donde Coupeau decía que trabajaba. Sus piernas la habían llevado allí; su estómago volvía á su canción, la cantinela del hambre, en noventa estrofas, una cantinela que sabía de memoria. De aquel modo, si pillaba á Coupeau á la salida, le cogería el dinero y compraría provisiones. Una hora escasa de espera, cuando más; bien podía aguantarla, cuando desde el día anterior se estaba chupando los pulgares.

Hallábase en la calle de la Charbonnière, en el ángulo de la calle de Chartres, una maldita encrucijada donde el viento jugaba á las cuatro esquinas. ¡Voto á! ¡No se sentía calor, paseando la calle! ¡Si al menos hubiese llevado encima algún abrigo! El cielo continuaba con su feo color plumizo, y la nieve, amontonada allí arriba, cubría el barrio con un manto de hielo. Nada caía, pero reinaba un profundo silencio en el aire, que preparaba para París un disfraz completo, un lindo vestido de baile blanco y nuevo. Gervasia levantaba las narices, rogando al buen Dios que no soltase su muselina en seguida. Pateaba, contemplaba una tienda de comestibles que había enfrente, y después volvía los talones, porque era inútil excitarse demasiado el apetito de antemano. La encrucijada no ofrecía distracciones. Escasos transeuntes pasaban rápidamente, arrebuados en sus tapabocas; pues como es natural, no hay quien se embobe por las calles, cuando el frío le aprieta las nalgas. Sin em-

hargo, Gervasia vió á cuatro ó cinco mujeres que hacían centinela como ella, á la puerta del mestero plomero; otras desdichadas, como ella seguramente; esposas acechando la paga para impedir que volase á la taberna! Había entre éstas una que parecía un carcamal, con cara de gendarme, arrimada á la tapia y dispuesta á abalanzarse á los hombros de su marido. Otra, pequeñita, vestida de negro, con el semblante humilde y delicado, se paseaba por la acera opuesta. Otra, embarazada, había llevado á sus dos pequeñuelos, que arrastraba á derecha y á izquierda, tiritando y llorando. Y todas estas, tanto Gervasia como sus compañeras de guardia, pasaban y volvían á pasar, dirigiéndose oblicuas ojeadas y sin hablarse. Agradable encuentro, sí, ¡como hay Dios! No necesitaba trabajar conocimiento, para conocer sus señas. Todas vivían en el mismo establecimiento, en casa de «Miseria y Compañía». Aún daba más frío verlas patalear y cruzarse silenciosamente, con aquella temperatura de enero.

Sin embargo, ni una ratá salía de casa del maestro. Por último, apareció un obrero, luego dos, luego tres; pero éstos, sin duda, eran buenos muchachos, que llevarían fielmente la paga á su casa, pues hicieron un movimiento de cabeza al ver á aquellas sombras rondando delante del taller. La que parecía un carcamal se arrimaba, cada vez más, á la puerta, y de repente cayó sobre un hombrecito pálido que se disponía á asomar prudentemente la cabeza. ¡Oh! ¡en un abrir y cerrar de ojos quedó listo el asunto! Le registró y le quitó el dinero, sin dejarle ni para una copa siquiera. Entonces el hombrecillo, aburrido y desesperado, siguió á su gendarme, llorando á lágrima viva, como un chiquillo. Continuaban saliendo obreros, y al ver acercarse á la embarazada con sus dos criaturas, un hombre alto, moreno, con aspecto de truhán, volvió

á entrar con presteza para prevenir al marido; y éste, cuando salió, contoneándose, había escamoteado ya dos ruedas traseras, dos hermosas monedas de cien sueldos, nuevecitas, una en cada zapato. Cogió á uno de los rorros en brazos y echó á andar, contando mil infundios á su mujer, la cual le regañaba.

Había entre aquellos hombres algunos de carácter jovial, que de un salto franqueaban la acera, impacientes por comerse la quincena con los amigos. También se veían algunos lúgubres, de aspecto miserable, que apretaban entre sus crispados puños los tres ó cuatro jornales que habían trabajado durante la quincena, tratándose á sí mismos de holgazanes y haciendo juramentos de borracho. Empero, lo más triste de todo, era la pena de la mujercita, vestida de negro, humilde y delicada: su marido, un guapo mozo, acababa de pasar por delante de ella tan brutalmente, que poco faltó para que la derribase, y la infeliz volvióse á casa, sola, tambaleándose á lo largo de la acera y llorando todas las lágrimas de sus ojos.

Finalmente, el desfile había cesado. Gervasia, en pie, en medio de la calle, miraba á la puerta. La cosa empezaba á darla mala espina. Dos obreros rezagados salieron aún, pero no Coupeau. Y preguntándoles á los obreros si Coupeau no iba á salir, éstos, que adivinaron el objeto, le contestaron, burlándose, que el camarada acababa precisamente de escurrirse «con Lantiméch (1)» por la puerta trasera, para «llevar las gallinas á mear (2)». Gervasia comprendió. Otra mentira más de Coupeau; ¡ya podía largarse con viento fresco! Entonces, lentamente, arrastrando su par de chanclas descalzadas, bajó la calle de la Charbonnière.

(1) Como si dijéramos: «con su inseparable amigo.»

(2) Estar ocupado en no hacer nada.

Su comida corría de lo lindo delante de ella, y ella la veía correr, en el crepúsculo amarillo, sintiendo un pequeño escalofrío. Ahora sí que había concluido todo. ¡Ni el más mínimo rayo de luz, ni la menor esperanza: sólo la noche lóbrega y el hambre! ¡Ah! ¡qué noche de agonía, aquella sucia noche que caía sobre sus hombros!

Subía pesadamente la calle des Poissonnières; cuando oyó la voz de Coupeau. Sí; allí estaba, en la «Petite Civette», haciéndose pagar una ronda por Mes-Bottes. Ese truhán de Mes-Bottes había tenido la suerte de casarse de veras, al concluir el verano, con una señora, muy gastada ya, pero que tenía algunos monises: ¡oh! ¡una señora de la calle des Martyrs, no una cualquiera! Y era de ver aquel venturoso mortal viéndolo como un caballero, las manos en los bolsillos, bien vestido y bien nutrido. Había engordado tanto, que estaba desconocido. Los camaradas decían que su mujer encontraba todo el trabajo que quería en casa de señores amigos suyos. Una mujer así y una casita de campo es todo lo que uno puede desear para embellecer su vida. Así es que Coupeau miraba á Mes-Bottes con admiración. Y ¡cómo no, si el muy tunante hasta llevaba una sortija de oro en el meñique!

Gervasia dejó caer la mano sobre el hombro de Coupeau, al salir éste de la «Petite Civette».

—¡Aún te estoy esperando!... ¡tengo hambre!... ¿dónde está la paga?...

Pero él le tapó la boca, contestándole chuscamente:

—¡Tienes hambre!... ¡cómete un puño!... ¡y guarda el otro para mañana!

¡El sí que encontraba cargante aquello de que fuesen á llorarle lástimas delante de la gente! Pues bien, ¿y qué? si él no había trabajado, los panaderos no habían dejado de amasar. ¿Le tomaba sin duda por un bobo para venir á intimidarle con sus cuentos?

—¿Acaso quieres que robe?—murmuró con voz sorda.

Mes-Bottes se acariciaba la barba, con aspecto conciliador.

—No tal; eso está prohibido—dijo.—Pero cuando una mujer sabe arreglarse...

Y Coupeau le interrumpió, gritando: ¡Bravo! Sí, una mujer debía saber arreglárselas. Pero la suya había sido siempre una carreta, una masa de carne. Culpa suya sería, si al fin morían sobre un montón de paja. Después recayó en su admiración por Mes-Bottes. ¡Qué bien había sabido cubrirse los riñones, el muy animal! ¡nada! ¡un verdadero propietario; con su ropa limpia y zapatos siempre lustrados! ¡Demonche! ¡aquello no procedía de los prenderos! ¡cata ahí un hombre cuya mujer sabía dirigir perfectamente el timón!

Los dos hombres bajaron hacia el bulevar exterior. Gervasia les seguía. Al cabo de un silencio, repuso, á la espalda de Coupeau:

—Tengo hambre, ya lo sabes... He contado contigo... Es menester que me busques algo que tragar...

Coupeau no contestó, y ella prosiguió con acento de conmovedora agonía:

—¿Es decir, que eso es todo lo que me das?

—Pero ¡voto á! ¡si no tengo nada!—aulló el plomero, volviéndose furiosamente.—Lárgate ¿oyes? ¡ó te pego!

Y levantó el puño. Ella retrocedió y pareció decidida á tomar una resolución.

—Ya te dejo; fácil me será encontrar un hombre.

Al oír esto el plomero se echó á reír. Fingía tomar la cosa en broma; él mismo la animaba, sin dejar de reír. ¡Verdaderamente, era una soberbia idea! Por la noche, á la luz artificial, todavía podía hacer conquistas. Y por si pescaba un hombre, le recomendaba el restaurant del «Capucin», donde había gabinetes par-

ticulares, en los que se comía perfectamente. Y al ver que se alejaba hacia el bulevar exterior, pálida y huera, le dijo por remate:

—Oye, tráeme algo de los postres; ya sabes que me gustan los pasteles... y si tu señor está bien equipado, pídele un gabán viejo, que me vendrá á pedir de boca.

Gervasia, perseguida por tan infernales groserías, andaba de prisa. Después encontröse sola, en medio de la muchedumbre y aflojó el paso. Estaba decidida. Entre robar y prostituirse, prefería lo último, porque así, al menos, á nadie perjudicaría. No iba á disponer más que de lo suyo. Verdad es que la cosa no era muy decente, pero lo decente y lo no decente se embrollaban en su caletre, en aquel momento. Cuando una se muere de hambre, no se pára en filosofías: sino que come el pan que le presentan. Había subido hasta la calzada de Glignancourt. La noche no acababa de llegar. Entonces, esperando, siguió los bulevares, como una señora que toma el fresco antes de ir á cenar.

Aquel barrio, cuyos embellecimientos le daban vergüenza, se abría al tránsito por todas partes, al aire libre. El bulevar Magenta, que subía desde el corazón de París y el bulevar Ornano, que se extendía hacia el campo, lo habían perforado en la antigua barrera con gigantescos derribos, dos vastas avenidas, todavía blanqueadas por el yeso que conservaban en sus flancos, las calles del arrabal Poissonnière y des Poissonniers, cuyos extremos se hundían desesquinados, mutilados, retorcidos como sombríos intestinos. Desde hacía ya largo tiempo, la demolición de la muralla del resguardo había ensanchado los bulevares exteriores, con las calzadas laterales y el terraplén en el centro para los peatones, plantado con cuatro hileras de delgados plátanos. Era una encrucijada inmensa que des-

embocaba á lo lejos en el horizonte, por vías interminables, bullentes de muchedumbre y anegándose en el caos perdido de las construcciones. Empero, entre las nuevas y elevadas construcciones todavía quedaban en pie no pocas casuchas vacilantes; entre aquellas fachadas esculpidas ahuecábanse negros hundimientos; especie de perreras humanas exhibiendo los pingajos de sus ventanas. Bajo el lujo creciente de París, la miseria del arrabal reventaba, ensuciando aquella cantera de una nueva ciudad, tan prematuramente edificada.

Perdida entre la barahúnda de la ancha acera, á lo largo de los pequeños plátanos, Gervasia se consideraba sola y abandonada. Aquellas recientes avenidas, que se perdían á lo lejos, le vaciaban todavía más el estómago. ¡Y pensar que entre aquel oleaje donde había tantos que disfrutaban de posición desahogada, no había ni un cristiano que adivinase su situación y le pusiese diez sueldos en la mano! Sí; aquello era demasiado hermoso; su cabeza daba vueltas y sus piernas flaqueaban bajo aquel lienzo desmesurado de cielogris, tendido encima de tan vasto espacio. El crepúsculo tenía ese sucio color amarillo de los crepúsculos parisienses, un color que da ganas de morir en seguida ¡tan fea parece entonces la vida de las calles! La luz iba entonces extinguiéndose y las lontananzas se embadurnaban con su matiz lodoso. Gervasia, fatigada ya, se encontraba precisamente en la hora del regreso de los obreros. A aquella hora, las señoras de sombrero y los caballeros elegantes que viven en las casas nuevas, veíanse confundidos en mitad del pueblo, entre esas procesiones de hombres y de mujeres pálidas todavía por el aire viciado de los talleres. Del bulevar Magenta y del arrabal Poissonnière salían á bandadas, sofocadas por la subida. En medio del rumor más ensordecido de los ómnibus y de los coches, entre los